

mismos árboles, pero abunda la savia, brotan vástagos, y las ramas se cubren de hojas y de flores. Hay por todas partes un hálito de vida y un suave perfume que fortifican el corazón. ¿Quién ha podido hacer esto? «Ese cambio es obra de la mano de Dios». ⁽¹⁾

¡Oh árbol seco, endurecido en el pecado, no rehuyas la acción de quien tantas maravillas crea, y sentirás nueva vida! Basta que te abandones á la gracia de Dios; lo que te es imposible á tí, es facilísimo para Él.

(1) Psalm., LXXVI, 11.

CONFERENCIA XXV

EL ANTIGUO Y EL NUEVO ADÁN

1. **El árbol de la muerte y el árbol de la vida como punto final á que llega la filosofía de la historia.**—En extraña confusión, semejante á un laberinto, y de los más intrincados, se entrecruzan y se pierden las vías de los hombres. Sin embargo, van á parar á dos salidas, en que están plantados los dos grandes árboles del mundo, las piedras miliarias de la historia. El primero es su punto de partida, el segundo su término. Ningún hombre, ningún pueblo, ningún Estado, ninguna civilización, pueden evitarlos. Todos van á buscar junto á ellos lo que han escogido como propiedad suya para siempre, sea la vida, sea la muerte.

Uno de esos árboles es el origen de la miseria en que gime la humanidad; del otro procede la bendición que la gracia de Dios le ofrece. El primero es el árbol del placer, el segundo el árbol de la penitencia. Allí se perdió el hombre, cuando orgullosamente quiso hacerse superior á sí mismo; aquí aprendió á encontrarse, humillándose hasta la abnegación. En el árbol de la muerte comenzó la historia, y debe acabar en el de la vida, si quiere ostentar resultados que merezcan ser llamados conquistas duraderas y fructuosas.

Al principiar los tiempos, vemos aquel árbol, que, conforme á la sabia decisión de Dios, debía hacer distinguir el bien del mal; pero á causa de la humana estulticia, únicamente sirvió para conocer el mal; de ese modo se convirtió en árbol de miseria y, en último término, de muerte. Eso de-

bemos al primer Adán y á aquella mujer que dió vida á los hombres. Debieron haber escogido el bien, y dejárnoslo como herencia; mas prefirieron conocer el mal y adoc-trinar en él á sus descendientes. El primer Adán se convirtió así para sus hijos en padre del pecado, la madre de los vivientes, en causa de la muerte.

En la plenitud de los tiempos, en medio de la historia, se eleva también un árbol, en que podemos ver cuáles son los frutos que hace madurar el pecado. En el tiempo transcurrido desde la aparición del primer árbol á la del segundo, el pecado dió á conocer sus efectos, y la humanidad quedó aniquilada como consecuencia de su orgullo. Por eso aparece un nuevo Adán para infundirle nueva vida y salvarla de la muerte. No está hecho de barro como el antiguo, pero es muy semejante á él. Viene á restablecer lo que el antiguo destruyó en sí mismo y en la humanidad: la obediencia á Dios, la salud del alma, la verdad y la vida. ¿No parecía natural que la raza del antiguo Adán le acogiese llena de júbilo?

Pero, si deseamos saber cuán profundamente decayó la humanidad, nos bastará mirar la cima del segundo árbol. Elevó ese árbol como madero de oprobio y de muerte para la inocencia que desterraba, porque no la encontraba de acuerdo con su perversidad. Cubierta de escarnio y de dolor, en lo alto de aquel madero, lucha la vida con la cólera de Dios y con su fruto: la muerte.

Al pie de ese árbol vemos también á una mujer que no tiene la falsa esperanza de ser igual á Dios é inmortal; por el contrario, se le quita á Dios y la vida. En amarga compensación, el Dios moribundo le ofrece toda la humanidad caída.

¡Qué cambio, qué lucha para la madre de la vida! Debe hacer el sacrificio del santo y aceptar el pecador; ha de dejar morir á Dios y acoger en cambio al hombre mortal. ¿Escogerá, como la primera mujer, el mal en vez del bien? Si en los consejos de Dios la humanidad es preferida á la vida de su propio hijo, ¿cómo podrá ella dejar de hacer-

lo también? Silenciosa, y con el corazón atravesado por siete espadas, acepta lo que se le ofrece.

Así se cumplió un misterio, cuya profundidad únicamente el cielo puede sondear. Así la madre del moribundo se convirtió en mediadora de la vida, y la cruz en árbol vital. Así el segundo Adán, con su muerte se convirtió en la verdadera vida del hombre.

2. Profundidad de la caída del hombre.—Examinemos el espacio que hay entre la muerte del primer Adán y la del segundo. Se le llama historia de la humanidad, y con pretencioso nombre, que caracteriza bien al espíritu del pecador impenitente, historia de la civilización. Gusta el hombre tanto de engañarse á sí mismo acerca del sentido de aquellas palabras, que necesita absolutamente formarse una noción clara y precisa de su significado; por eso debe contarse la filosofía de la historia entre las ocupaciones más útiles.

Ya la primera caída causó al hombre un perjuicio inmenso. Por la desobediencia á un precepto tan fácil de observar, rechazó la justicia, y con su obstinación en excusarse, la menospreció por completo, é hizo que Dios no pudiera otorgársela de nuevo, toda vez que el hombre no quería darle acceso mediante la confesión y la penitencia.

Arrancada de su corazón la base fundamental de la virtud, es decir, la justicia, no tuvieron ya valor á sus ojos los demás bienes, ornamento de su alma. En su loco orgullo, los hombres despreciaban los males que les amenazaban á ellos y á sus hijos; después se acusaron mutuamente, señal de que habían desaparecido de entre ellos la caridad y la misericordia. Su corazón se había ya alejado de la verdad cuando entraron en relación con la serpiente, y negando la falta, acabaron de separarse de ella por completo. La concupiscencia, el orgullo y la duda respecto á Dios acabaron de asolar su alma. ⁽¹⁾

¡Cuán poco tiempo fué bastante para que los hombres no se pareciesen á sí mismos! ¡Apenas podía el Señor reconocer en ellos á sus criaturas!

(1) Bernard., *In annunt. B. M. V.*, 1, 8.

Los hombres prosiguieron la obra que sus progenitores habían comenzado. No tenemos derecho á quejarnos de nuestros primeros padres. Nadie hay en la tierra, aun cuando se le llame justo, que haga el bien y no peque. ⁽¹⁾ Muchas veces pecamos. ⁽²⁾ Si decimos lo contrario, nos engañamos á nosotros mismos y faltamos á la verdad. ⁽³⁾ La cosa más insignificante basta para hacer caer al hombre más fuerte, y raro es el día que pasa sin que paguemos tributo á nuestra debilidad, y cuando damos el primer paso, descendemos rápidamente. De tal suerte nos ciega el amor propio, que no advertimos en nosotros aquello mismo de que los demás se quejan amargamente y con razón.

Quien se conozca algo, sabe á qué influencias está expuesto, cómo son para él un peligro constante, y cuán pronta y fácilmente sucumbe. Todos somos hombres y á ninguno hace falta aprender de los demás lo débil que es, pues mejor que en nadie lo puede aprender en sí mismo. Nadie tiene derecho á decir, sin merecer la calificación de insensato y sin exponerse á peligro: Soy demasiado viejo para tener esa debilidad; estoy ya libre de cometer esa locura; nada tengo que temer de ese peligro. Mientras que sea hombre, basta la cosa más pequeña para hacerle prevaricar. Únicamente el insensato menosprecia á los enemigos pequeños; pero expía su temeridad con súbita y grave caída.

Sin embargo, los peligros externos no son los peores, ni mucho menos; lo más terrible es que los verdaderos peligros proceden de nuestro interior. Cada cual lleva su enemigo en sí mismo; podrán los enemigos exteriores asaltarnos, pero sólo nos hace caer el enemigo interno. Si aquellos no supieran que pueden contar con un traidor dentro de nosotros mismos, no se atreverían á atacarnos con tanta confianza como lo hacen, ni renovarían sin cesar los asaltos, aunque siempre sean rechazados.

(1) Eccl., VII, 21.

(2) Jac., III, 2.

(3) I Joan., I, 8.

Por eso no tenemos paz y recogimiento, como tampoco nuestros jurados enemigos; ni una hora somos capaces de conservar el alma tranquila, por lo que continuamente cambiamos como único medio de hacer tolerable la existencia; incesantemente nos contradecemos, y vivimos siempre con el corazón angustiado. En una hora negamos lo que habíamos prometido, y odiamos lo que poco antes nos entusiasmaba. ¡Qué pocas veces estamos ciertos de lo que creíamos verdadero! ¡Cuándo estamos verdaderamente satisfechos de nuestros parientes ó amigos, por no decir de nosotros mismos!

Con tal falta de estabilidad, ¿no se comprende la muerte? ¿no es una verdadera libertad? ¿Á qué podremos comparar la humanidad mejor que á un campo de trigo? Todo se agita y murmura en él, aun estando sereno el cielo; una ráfaga de viento, una lluvia copiosa, basta para destruirlo todo, quedando solamente informes despojos de lo que días antes eran doradas mieses. Por fin siega la hoz lo poco que aún quedaba.

Pero si es vergonzoso ya el grado de decadencia en que hemos caído, aún es más humillante la tenacidad con que nos aferramos á nuestra miseria. Malo es que estemos en desacuerdo con el mundo, peor estar descontentos de nosotros mismos, y mucho peor que jamás busquemos en nosotros la causa, y procuremos siempre achacarla á los demás; pero lo peor de todo es que hagamos la defensa de este sistema, y lo calificuemos con orgullo de excelente.

Si es una desgracia nuestra decadencia, crece la ruina de semejante estado, porque no nos damos cuenta de la gravedad de nuestra caída; pero el colmo del mal es que preferimos huir de nosotros mismos, á procurar conocer la completa profundidad de nuestra miseria, persistiendo en ella, tanto por culpable ignorancia como por ceguedad del amor propio.

3. Sin embargo, el hombre no está corrompido en la esencia de su naturaleza.—Podría creerse que la ver-

dad acerca de nuestra situación afectaba á nuestro corazón en términos que nadie juzgara necesario suponerla peor de lo que es, y, sin embargo, hay gentes á las cuales todo les parece poco para deprimir al hombre. No se aquietan, sino hasta que le hacen espantosamente malo é inaccesible á toda esperanza de corrección; y tan en serio toman esa ingrata labor, que censuran al Cristianismo, ó, digámoslo desde luego, á la Iglesia Católica, por su moderación al reconocer en el hombre algo bueno todavía y no considerarle como absolutamente malo. ⁽¹⁾

Nunca estaremos demasiado prevenidos contra semejantes excesos, pues sus efectos son no menos perniciosos que la negación misma de la caída. Si el hombre estuviera tan corrompido en su naturaleza, como supone ese error, no tendría sentido la palabra enmienda, y menos aún la de perfección, ni le quedaría más recurso que hacer tan tolerable como pudiera la corta duración de la vida.

Pero esa doctrina es falsa, y tanto, que no lo es más ninguna mentira. El hombre está caído, pero no es completa su decadencia; es pecador, pero sigue siendo hombre; ha corrompido su naturaleza, pero no en términos que el remedio sea imposible. ⁽²⁾ La naturaleza no es lo que debería ser; ⁽³⁾ está menoscabada; pero sería falso afirmar que en sí misma sea mala. ⁽⁴⁾ La verdad es que actualmente la naturaleza es todavía buena en sí misma, pero que el mal ha penetrado en ella. ⁽⁵⁾

Sería una mentira y una injusticia desconocer que hay en la historia de la humanidad caída muchos hechos que el juez más severo puede encontrar edificantes y admirables. ¡Qué odio mezquino, qué vergonzosa falta de fe en todo lo grande y noble se necesitaría para denigrar como vicios las ilustres acciones que de los paganos se refie-

(1) Dorner, *Gesch. der protest. Theologie*, 39.

(2) S. Agustín, *Nat. et grat.*, 19, 21; 20, 22. Sto. Tomás, 1, 2, q. 85, a. 2.

(3) S. Agustín, *Op. imperf.*, 6, 27; 3, 215.

(4) Natura mala, non malum (S. Agustín, *loc. cit.*, 3, 188, 190, 192).

(5) Natura bonum, sed inest ei malum (*Ibid.*, *Op. imperf.*, 3, 144).

ren! ⁽¹⁾ En ninguna época fué tan poderoso el mal, que no hubiera á su lado algún bien; hasta en el diluvio universal hubo hombres que se salvaron. ⁽²⁾

De igual modo, jamás hubo hombre en quien el placer de los sentidos haya destruído las buenas tendencias de la naturaleza. Cualquiera puede aturdirse con la embriaguez, pero cada vez que lo haga, sentirá malestar; si, para evitarlo, procura aturdirse continuamente, acaban por faltarle las fuerzas, y no puede ya embriagarse. ¿Qué hará entonces? Encuentra lo que había tratado de esquivar, su propia naturaleza mejor. ¿Qué es aquel gusano, que, según las palabras del Señor, no muere nunca en los hombres corrompidos? Nada más que la inclinación hacia el bien, y el aborrecimiento del mal, ⁽³⁾ que siempre se encuentra en la naturaleza.

Si aun en los condenados no es la naturaleza esencialmente mala, con mayor razón no lo es en los hombres que viven en la tierra, y son siempre capaces de enmienda. Señal de esto son las angustias del corazón que perturbaban el sueño del pecador con el miedo á los espectros; es la avidez siempre nueva de disolución; el malestar que en todas las distracciones se encuentra; el remordimiento roedor de la conciencia; pruebas de que la naturaleza no está aún del todo corrompida. ¿Cuál es la causa de que tema á Dios el pecador? El que no puede prescindir de él. Si Dios le hubiese abandonado, podría olvidarle y quedar tranquilo. ¿Por qué el pecador se hace intolerable á sí mismo, y cuidadosamente evita encontrarse solo con su propia conciencia? Porque sabe que en sí mismo hallará siempre la ley de Dios que se esfuerza en evitar. ¿Necesita otros testimonios de que, no obstante su corrupción, está, no solamente unido á Dios, sino que se siente ligado á él?

4. Razón de que los grandes esfuerzos hechos por

(1) Tom. II, *Conf. XIV*, 11 y sig.

(2) I Petr., III, 19, 20.

(3) Sto. Tomás, 1, 2, q. 85, a. 2 ad 3.

los hombres para salvarse no hayan sido atendidos por Dios.—La prueba más convincente de que la naturaleza del hombre, á pesar de su corrupción, es mejor que su voluntad, nos la suministra la historia. No permanece mucho tiempo tranquilo en el pecado que él mismo ha elegido; ni puede menos de procurar involuntaria y espontáneamente á la vez libertarse del pecado y de sus consecuencias.

Sólo un corazón de piedra podría ver sin la más profunda aflicción los esfuerzos que hizo el humanismo para salir de su miseria. Todos los años llevaban los paganos con increíble angustia á los pies de la divinidad ofendida lo más precioso que tenían. Conducían ante los altares rebaños de toros; la sangre de las víctimas corría á torrentes, pero en vano; conocían que no era eso lo que podía auxiliarlos. Dirigieron entonces contra su propia sangre el cuchillo del sacrificio; los servidores de Belona, de Cibele, de Rea, de Ma, de Baal, se herían con desesperación insensata. Los pueblos más civilizados sacrificaron víctimas humanas para calmar aquellas angustias; las madres cogían á sus propios hijos, y riendo los arrojaban al fuego; eran escenas verdaderamente horribles.

Al considerar los esfuerzos hechos para librarse del pecado, nos parece estar sobre una escarpada roca á orilla del mar. Ruge ésta furiosa; la tempestad se ceba en un navío que se percibe á lo lejos, próximo á chocar con un escollo. Los marineros hicieron cuanto de ellos dependía para salvar su vida amenazada; echaron al mar el precioso cargamento del navío, procurando mantenerlo á flote y dirigirlo hacia la playa; pero inútilmente. La desesperación se apodera entonces de aquellos desgraciados y rompe todos los lazos de la disciplina. El padre da muerte á su hijo, el hermano débil es lanzado al agua por el fuerte; pero el mar reclama su víctima, y exigirá lo mejor. De repente el desamparado buque se quiebra con estrépito, flotan los naufragos al arbitrio de las olas, sin que nadie pueda llevarles auxilio.

Mas ¿por qué no los protege quien únicamente puede salvarlos! ¡Oh Dios! ¿dónde está vuestra acostumbrada misericordia? ⁽¹⁾ ¡Lo que estamos presenciando nos desgarrá el corazón, y tú permaneces impassible!

No hay respuesta alguna. Y, sin embargo, comprendemos lo que significa ese silencio. Lo mismo que la paciencia de Dios es nuestro consuelo, su silencio es un reproche á nuestra conducta. Puede muy bien considerarse dispensado de contestar á la pregunta de si hizo todo lo que podía para salvar á los hombres del naufragio. ¿Es acaso culpa suya el que se pierdan? Ellos le rechazaron, no fué él quien los abandonó. En todos sus extravíos les tendió siempre su mano salvadora, nada necesitaban más que cogerse á ella; pero siempre la repelieron, prefiriendo morir á que pudiera nadie decir de ellos que no se salvaban por sí mismos.

Por numerosos que sean los ejemplos de sentimientos nobles y de entusiastas esfuerzos por alcanzar la verdad de que nos da cuenta la historia, es, no obstante, difícil afirmar que entre todos ellos haya uno solo que deba ser llamado propiamente esfuerzo en la verdadera acepción de la palabra. Nos recuerdan el ejemplo de la hormiga que trató muchas veces de escalar el tronco de un árbol, y cayó siempre, pero sin abandonar jamás su designio, pues necesita llegar hasta donde está el dulce fruto que presiente allá en lo alto.

Buen ejemplo de tenacidad que podría creerse digno de imitación. Sin duda alguna; pero guardaos de tenerle lástima, pues si la cogierais y la colocarais en el árbol, se dejaría nuevamente caer. Quiere tener la gloria de lograr su objeto por sí misma, no alcanzarlo mediante auxilio de nadie.

Lo mismo ocurre á los hombres. En su debilidad, se complacen de un modo increíble en su impotencia; preferirían morir sin auxilio, antes que aceptarlo de Aquel, á quien no quieren quedar obligados. En todos los generosos esfuerzos de la humanidad, se revela siempre el viejo Adán; cae

(1) Ps., LXXXVIII, 50.